

RELACIONES INTERPERSONALES DEL «YO» CON LOS OTROS «YOS»: UN ENFOQUE SEGÚN EL PENSAMIENTO ANTROPOLÓGICO DE ZUBIRI

Pilar Fernández de Córdova

Summary: INTERPERSONAL RELATIONS OF «ME» WITH THE OTHER «SELVES»: AN APPROACH ACCORDING TO THE ANTHROPOLOGICAL THOUGHT OF ZUBIRI. The author says that Zubiri's anthropology refers to metaphysics, because human being is a reality essentially opened to himself, to the others and to the world. Man has a special way of knowing things like something «taken for granted», like a confrontation with reality. For that reason things appear to him like realities perceived by intelligence as formalities of reality. Intelligence facilitates man to understand and to feel like a single faculty, whose function is to allow him to apprehend something as real. From this perspective all human action is radically different, because man not only has the capacity to solve his life but to project it developing his possibilities and fulfilling himself through his opening with things and the other «selves». Within this process, man possesses freedom as something essential to decide on his potentialities and to be the owner of the acts of his life. However, the person opening to everything, allows himself to develop solidarity with others like a project of decisions in common, that implies the exercise of freedom to everyone with respect and tolerance.

Key words: human action, intelligence, man, me, metaphysics, person, reality, relation, solidarity, thing.

Résumé: LES RELATIONS INTERPERSONNELLES DE «JE» AVEC D'AUTRES «JE»: UNE OPTIQUE SELON LA PENSÉE ANTHROPOLOGIQUE DE ZUBIRI. Pour parler de l'anthropologie de Zubiri, il faut se remettre à la métaphysique, parce que l'homme est une réalité, et comme telle elle est ouverte essentiellement à elle-même, aux autres et au monde; par conséquent, il est une personne parce qu'il se réalise et il s'autopossède. L'homme possède une manière spéciale de connaître les choses, comme quelque chose «de soi», comme un affrontement du réel; c'est pourquoi il perçoit les choses comme des réalités saisies par l'intelligence, comme des formalités du réel. L'intelligence facilite à l'homme la compréhension et le sentiment comme une seule faculté, dont la fonction permet de percevoir quelque chose comme une réalité. A partir de cette perspective, toute l'action humaine est radicalement différente, parce que l'homme dispose de la capacité non seulement de résoudre sa vie, mais de la projeter, en développant ses possibilités et en se réalisant à travers son ouverture vers les choses et avec les autres «je». Dans ce processus, l'homme trouve dans la liberté quelque chose d'essentiel pour décider sur ses potentialités et être maître des actes de sa vie, parce qu'elle conçoit l'option de ses actions. Or la personne ouverte à tout ce qui l'entoure et son contact social avec les autres et à partir des autres, peut développer la solidarité comme un projet de décisions communes, lequel implique l'exercice de la liberté de chacun, dans les limites du respect et de la tolérance.

Mots-clés: action humaine, autopoSESSION, chose, homme, intelligence, métaphysique, moi, personne, réalité, relation, solidarité.

Me atrevo a afirmar que, posiblemente sin proponérselo Zubiri, la antropología es el centro de su metafísica, ya que aquélla es la metafísica de la realidad, y el hombre es una realidad muy especial, como abierta esencialmente a sí misma, a los demás y al mundo; que es persona porque se hace y se autoposee. De hecho, fueron muchas las lecciones que Zubiri dio y que, posteriormente, se recogieron por escrito, en las que abundaron los temas antropológicos. A esa individualidad específica que es el hombre le compete estar vertida a las otras individualidades, y cada hombre lleva «de suyo», por su forma de realidad y por el *phylum* al que pertenece, la referencia a los otros. Radicalmente, el hombre no es un «sí mismo» sino algo mucho más hondo por más intrínseco, es un «sí propio»: la mismidad está fundada en la autoposición. La persona se expresa por el «yo» que no es lo que se opone al no-yo sino a otros «yos» también personales que enunciamos como «tú» y «él». El hombre como realidad es «suidad», y, en esa «suidad», radica esa forma de realidad que le es propia y que hace que el animal de realidades sea animal personal. Por tanto, el hombre como realidad es persona.

El presente escrito está articulado en tres pasos. El primero de ellos se refiere al *significado de la inteligencia sentiente en las interrelaciones personales del «yo» con los otros «yos»*; el segundo, a *cómo el hombre interpone un proyecto entre las cosas y las acciones, y, en tercer lugar, a la libertad, posibilitante de decisiones.*

Significado de la inteligencia sentiente en las interrelaciones personales del «yo» con los otros «yos». El hombre es, para Zubiri, una realidad

especial porque es el ser de una esencia abierta que capta las cosas como algo «de suyo». La habitud del hombre –su modo primario de encontrarse con las cosas– es enfrentamiento con la realidad; la acción del hombre es comportamiento con la realidad. Las cosas no se presentan ante él como simples estímulos sino como realidades, como algo «de suyo» que tiene su unidad, que es la razón formal de su modo de realidad. Y la habitud por la que el hombre se enfrenta con la realidad como tal es la inteligencia sentiente. El hombre se enfrenta a las cosas en cuanto realidades y esa apertura a las cosas como realidades constituye la inteligencia a la que Zubiri añade un segundo término: sentiente. Según Zubiri, «inteligir y sentir constituyen estructuralmente [...] una sola facultad, la inteligencia sentiente»¹.

Por la inteligencia sentiente, al hombre se le presentan las cosas como estímulos y como realidades; él está abierto a las cosas como estímulos por la sensibilidad y, simultáneamente, como realidades, por la inteligencia. El primer contacto del hombre con las cosas, al igual que el del animal, se realiza por la sensibilidad, ya que el puro sentir nos las presenta como meros estímulos. El animal aprehende el estímulo como independiente de la cosa estimulante, y esa aprehensión despierta en él una respuesta, más o menos rica y adecuada según la riqueza de las estructuras del animal. Sin embargo, el animal no remonta la calidad de estimulante de la cosa, y en esa independencia entre estimulante y estímulo, se agota su capacidad de cap-

1 ZUBIRI, XAVIER, *Inteligencia sentiente: inteligencia y realidad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1980, pág. 13.

tar lo que le rodea: en la habitud del animal no salimos del campo de la mera estimulidad.

El hombre, como el animal, recibe estimulaciones que suscitan en él respuestas. Sin embargo, su captación no se agota en la aprehensión del estímulo y su respuesta a él, sino que recoge el estímulo en su condición de realidad como algo que es de suyo. La sensación ofrece al hombre unos datos que no son solamente «datos para» la inteligencia sino «datos de» una realidad concreta. A esos datos de la realidad, Zubiri los llama «impresiones», que están constituidas por dos momentos estructurales: uno, el contenido específico de la impresión, y otro, la formalidad de realidad de esa misma impresión.

El contenido específico es lo que concretamente nos afecta de un estímulo en cada caso; pero ese contenido que, en un momento determinado puede ser el mismo para el animal que para el hombre, para este último no se agota ahí, sino que va más allá, a la formalidad de realidad a que el estímulo lo remite. El animal se queda en la formalidad de estimulidad mientras que el hombre asciende –por la inteligencia sentiente– a la formalidad de realidad. En la impresión sensible humana se dan, simultáneamente, una impresión específica –la del contenido– y otra inespecífica –la de la realidad. Lo específico de la estimulidad y lo inespecífico de la realidad son dos dimensiones de una misma actualización: es ésta una impresión trascendental de la realidad en tanto que realidad. La impresión humana no puede ser otra, ya que el hombre es hombre porque es animal de realidades. Ineludiblemente, el hombre va desde la simple formalidad de estimulidad a la fundamentalidad de la realidad como realidad, y es ahí de donde arrancan el saber y el vivir del hombre.

Aprehender algo como realidad es la función de la inteligencia sentiente. Toda intelección sentiente, y toda impresión de realidad lo

es, tiene la formalidad por la cual la cualidad percibida me es presente como siendo tal o cual cualidad; ese «siendo» es «antes» que ser percibida como tal o cual cualidad, entendiendo ese «antes» no con sentido temporal sino como lo que es fundante. Ese «antes» es lo que hace que la cualidad se nos haga presente como «de suyo»; las cualidades sensibles nos hacen presente la realidad, que no es algo que organiza la inteligencia a partir de un caos de sensaciones que nos proporcionan los sentidos sino algo formalmente dado en la impresión sensible humana.

Inteligir no es más que actualizar la cosa real misma en la intelección como algo que ya es «de suyo», algo que tiene su propia realidad. No es simplemente que haya una independencia entre la cosa real y la intelección, sino que la intelección le da una re-actualidad a la cosa real que ya tiene una actualidad en su realidad. La habitud del hombre, pues, es una habitud sentiente-intelectiva. Tanto en el orden de las acciones como en el de las habitudes, es la impresión sensible la que desata todo el proceso de la respuesta humana, y el culmen de esta respuesta se da en la unidad de la inteligencia sentiente sólo con y por las cosas que nos estimulan: esta unidad es unidad dinámica de una sola estructura. El hombre está siempre y vive en la inteligencia sentiente. Nos dice Zubiri que «[...] vivir es vivir con las cosas, con los demás y con nosotros mismos, en cuanto vivientes. Este 'con' es uno de los caracteres ontológicos formales de la persona humana en cuanto tal, y, en su virtud la vida de todo ser humano es, constitutivamente, 'personal'»².

El *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua trae varias acepciones de la preposición «con» que pueden ser de utilidad en este estudio. La primera dice «que significa el medio,

2 ZUBIRI, XAVIER, "En torno al problema de Dios", en *Naturaleza, historia, Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pág. 426.

modo o instrumento que sirve para hacer alguna cosa». Hay una sexta que indica: «juntamente y en compañía»; y en otro artículo, que se refiere al prefijo, expresa: «que significa reunión, cooperación o agregación».

El primer significado conviene a ese *vivir con* las cosas de que habla Zubiri: las cosas son medio, modo, instrumento de la acción del hombre, con las que verdaderamente se hace y se realiza. Pero el hombre también vive con los demás y, en este aspecto, le corresponden más bien los sentidos de las acepciones sexta y del prefijo: juntamente y en compañía, y reunión, cooperación y agregación. Estos significados hacen referencia a la constitutiva característica social del hombre, al *convivir* del hombre en sociedad como momento estructural del animal de realidades. Es de notar la gran diferencia entre el *vivir con* las cosas y el *convivir* en sociedad.

El hombre es el animal de realidades, pero su dimensión intelectual está en íntima conexión con estructuras somáticas: unidad que lo constituye en una especie singular, en un *phylum* genético que lo hace estar constitutivamente necesitado de los demás individuos del *phylum* al que pertenece. En el interior de su *phylum*, el «yo» se mueve rodeado de otros «yos», y uno y otros –cada uno– en la habitud de inteligencia sentiente que implica las capacidades de entender, de querer y de sentir por las que, uno y otro, son capaces de conocerse, de quererse, de desearse como realidades. La constitutiva aproximación del «yo» a los otros «yos» es propia y exclusiva del hombre en la habitud de inteligencia sentiente. El animal ni es «yo» ni está abierto a los otros «yos» –que no se dan ni en su propio *phylum* animal–, ni se mueve en el ámbito de la realidad como el animal de realidades. En último término, la convivencia en sociedad implica un compartir la realidad en cuanto realidad.

En esa misma habitud de inteligencia sentiente, al hombre, además de entender y sentir, también le pertenece la volición como querer –fuente del acto– y actuar –poner en práctica lo que se quiere como animal de realidades. El actuar puede terminar en las cosas, pero también puede terminar en los otros «yos», dando lugar a relaciones interpersonales, que sólo son posibles en el espacio que abre y lidera la inteligencia sentiente como medio absolutamente necesario, como modo primario de encontrarse con las cosas y con los demás, como habitud en la que el hombre se enfrenta con la realidad y se comporta con ella como tal realidad. Sin esa habitud serían radicalmente imposibles las interrelaciones personales del «yo» con los otros «yos».

En definitiva, hay interrelaciones personales del «yo» con los otros «yos», porque hay una habitud, que es la inteligencia sentiente que hace radicalmente diferente la acción humana. Por esta habitud, en el hombre es lo mismo entender y sentir, el sentimiento es afectante y la volición tendente: todo se da en una unidad trascendental.

EL HOMBRE INTERPONE UN PROYECTO ENTRE LAS COSAS Y LAS ACCIONES

Todo ser vivo tiene unas tendencias que le llevan a realizar aquello que le sirve para subsistir y reproducirse según lo que es. En este sentido, todo ser vivo actúa, pero, indudablemente, no todo ser vivo tiene una *acción* igual. Interesa destacar la fundamental diferencia que hay entre los actos que ejecuta el hombre y los que ejecuta cualquier otro ser vivo y, concretamente, el animal.

«El hombre es el único animal [...], que está constitutivamente abierto al horizonte indefinido del mundo real [...]. Mientras el animal no hace sino 'resolver' su vida, el hombre pro-

yecta su vida»³. El hombre es el único animal que se comporta respecto a su propio sistema de realidad además de manejar las cosas como realidades, y, en ese comportamiento, proyecta su vida, resuelve su vida, se realiza. Es esencia abierta con una doble apertura: por una parte, a la realidad desde la que tiene que ir haciéndose y siendo, y, por otra parte, desde su pasado a su futuro realizando sin cesar su presente. Por ser esencia abierta, en el hombre hay algo más que una respuesta al estímulo de las cosas: interpone un proyecto entre las cosas y las acciones, y en ese proyecto embarca continuamente su vida, que en ningún momento se le entrega habiendo llegado a un puerto determinado, sino que él va decidiendo la ruta a seguir según sucesivas elecciones.

Los actos humanos no son sino realización o malogro de proyectos y la vida del hombre no es una simple ejecución de actos, sino también el desenvolvimiento de sus potencias o posibilidades. Su realidad está constituida por las cosas y por las posibilidades de que dispone para enfrentarse con esas cosas que le rodean, que no le son dadas ni están simplemente puestas ante él, sino que le son ofrecidas para existir, ya que son instancias que plantean problemas, pero también son recursos para solucionar esos problemas, pues las cosas, por su misma estructura física, pueden dar o sustraer posibilidades al hombre, que «descubre posibilidades, tropieza con resistencias que le fuerzan a modificar sus ideas acerca de lo que son las cosas y, por tanto, sus proyectos. El trato con las cosas circunscribe y modifica el área de las posibilidades que el hombre descubre en ellas [...]. Las posibilidades, en efecto, son siempre los recursos que las cosas y las propias potencias humanas ofrecen al hombre. Se constituyen, pues, como decíamos, en el trato con aquéllas y en el ejercicio de

éstas. De ahí que todo acto, una vez realizado, no sólo perfecciona la potencia, sino que modifica también su cuadro de posibilidades»⁴.

Lo que rodea al hombre no siempre son cosas: son también los otros «yos», de quienes también recibe estímulos y con quienes también formula proyectos. La apertura del «yo» a los otros «yos» es parte del ser «esencia abierta» que pertenece constitutivamente al hombre como persona, es apertura a «ser-con»: con las cosas, con los otros «yos». El hombre se realiza con las cosas y con los otros «yos» porque las cosas y los otros «yos» son realidades que tienen sentido para su vida, sentido que Zubiri expresa como tener «condición», es decir, capacidad para entrar en y formar parte de la vida de un hombre.

Es obvio que los otros «yos» no son como las cosas: las cosas entran en la vida del hombre y son recursos para que éste realice su vida con ellas; los otros «yos» son mucho más. Los otros «yos» –al igual que el «yo»– son animales de realidades, esencias abiertas, personas: pertenecen al mismo *phylum* humano. A cada individualidad del *phylum* humano le compete estar referida, como individualidad, a las otras individualidades. Cada hombre lleva de suyo, por su forma de realidad, por el *phylum* al que pertenece, la referencia a los otros «yos», como necesidad constitutiva a la que no puede negarse, ya que ello no es objeto de libre escogimiento.

«Esta referencia es la que constituye la diversidad, que no es una referencia separante sino que es el reflujó de un mismo esquema sobre cada uno de los miembros de un mismo *phylum*. Se es diverso porque se está primariamente vertido a los otros, de modo que la diversidad presupone la versión y es una modulación de la misma [...]. La diversidad, así entendida, es el modo como cada hombre es espe-

3 ZUBIRI, XAVIER, "El origen del hombre", en *Siete ensayos de antropología filosófica*, Bogotá, Universidad de Santo Tomás, 1982, pág. 29.

4 ZUBIRI, XAVIER. *Naturaleza, historia, Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, págs. 326-327.

cíficamente individual. Esta versión de unos hombres 'reales' a la 'realidad' de otros hombres reales es el paso de la pura agrupación animal a la sociedad humana»⁵, dice Ellacuría.

El animal se mueve entre los otros animales, incluidos los de su *phylum*, estrictamente como entre algo que le rodea; y transcurre simplemente entre ellos sin asociarlos a su vida más que en lo meramente biológico. Lo que le sucede al hombre, cuando su proyecto de vida se realiza con otros hombres, es radicalmente distinto. En primer lugar, porque las relaciones de la persona con otras personas llevan preponderante e inicialmente una posición vital distinta y peculiarísima. La convivencia del hombre con los demás hombres conviene esencialmente al animal de realidades como una estructura primaria de la persona. Es lo que afirma Zubiri ya desde el título de uno sus artículos: *El hombre, realidad social*. Efectivamente, el hombre, desde el primer momento de su existencia, está ligado esencialmente a los demás hombres y es una realidad profundamente vertida a esos otros «yos».

En segundo lugar, porque el proyecto aparece y se introduce en el área de los proyectos de otros hombres a quienes también les va en ellos la realización de su propia vida. Estamos ante lo que Zubiri llama una *co-situación*, pues la situación de cada uno interfiere radicalmente en las de los otros. Se da en ella un modo de habérselas con los humanos en tanto que humanos, es decir, un modo de habérselas con la realidad humana en tanto que realidad humana.

Este modo de ser de las realidades con las que me las he de haber penetra de tal forma las mutuas referencias, que mis proyectos con los otros «yos» necesariamente son diversos a los

proyectos con que hago mi vida cuando los realizo con cosas, sean inanimadas o sean vivientes, que no son otros «yos».

LA LIBERTAD, POSIBILITANTE DE DECISIONES

El hombre ante las cosas no está perdido. Su existencia tiene el horizonte que le marcan y le limitan las cosas a su alrededor; pero, gracias a esas limitaciones que le dan a elegir lo que puede ser, el hombre es lo que es. El hombre no tiene sólo unas propiedades que le son dadas sino que puede decidir sobre ellas: está por encima de sus estructuras. La persona actúa como agente, como autor y como actor; en el primer caso, su acción –caminar, beber, sentir– es común con la de los animales; en los otros dos casos, como autor –cuando libremente opta por una u otra posibilidad que se le ofrece– y como actor –cuando se mueve entre circunstancias que le son dadas y de las que no es dueño–, le corresponde actuar exclusivamente como hombre.

El hombre, que aprehende las cosas como realidades, lo hace en un solo acto de la inteligencia sentiente, pero, además, el sentimiento es afectante, y la voluntad, tendente. Todo ello se realiza en la estructura unitaria del animal de realidades: unidad que se da tanto en el inteligir y sentir como en el querer. En términos operativos, el ser suyo del animal de realidades se concreta en decidir sobre sus posibilidades y ser, por tanto, dueño de los actos de su vida.

Las limitaciones entre las que vive el hombre no son simplemente limitaciones sino ese horizonte de valores en el que el hombre se constituye, un principio positivo que le descubre un «más allá» desconocido para él y que lo empuja a descubrirlo. En ese horizonte, está frente a las cosas a distancia, no inmerso en ellas como el animal.

5 ELLACURÍA, IGNACIO. "Introducción crítica a la antropología filosófica de Zubiri", en *Realitas II*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1974, págs.116-117.

Gracias a él, el hombre capta lo que las cosas son y esta condición ontológica es la libertad por la que el hombre decide en su actuación. A su carácter de esencia abierta le corresponde la libertad que, en su sentido radical, no se realiza en las decisiones del hombre, sino que es ella quien las hace posibles. La libertad es el mismo ser del hombre en cuanto está abierto a su propia realización y esto da un carácter misivo, de misión, a su vida, en la que tiene que realizarse como persona. Por esta libertad es por la que «el 'ser suyo' del hombre es algo que, en cierto modo, está en sus manos, dispone de él. El hombre asiste al transcurso de todo, aun de su propia vida, y aun de su persona: 'es' allende el pasar y el quedar. En su virtud, el hombre puede modificar el 'ser suyo' de la vida [...]. Mientras la vida transcurre y pasa, el hombre 'es' lo que le queda de 'suyo' después de que le ha pasado todo lo que le tiene que pasar»⁶.

Pero esa libertad, que es nuestro mismo ser en cuanto apertura a nuestra realización, una vez que la ejercemos, se limita a sí misma: por el mismo hecho de haber tomado una decisión nos ponemos en una situación vital nueva en donde nuestra próxima decisión libre ya está condicionada, en cierto modo, por la anterior decisión cumplida. La libertad se limita a sí misma y, de este modo, el hombre se puede realizar sin que se agote el campo de su posible perfeccionamiento y concretando, cada vez más, la razón de su acción. Por otra parte, la libertad no se revela nunca totalmente. Hay todo un proceso de personalización en el que se logra el encuentro del hombre consigo mismo. Para el acto libre perfecto no puede saltarse ninguno de los escalones que constituyen este proceso, pero la unidad del sujeto-hombre que es la persona hace que en cada decisión haya una unidad de todos los instantes de la libertad.

6 ZUBIRI, XAVIER. *En torno al problema de Dios*, pág. 388.

Es interesante ver, en el ámbito de la apertura del ser personal que es el hombre, cómo plantea Zubiri, o cómo se puede plantear dentro del contorno zubiriano, la relación del «yo» con los otros «yos»; cómo el «yo» se proyecta y se realiza con los otros «yos»; cómo se conjuga la libertad del «yo» frente a la libertad de los otros; cómo puede funcionar la solidaridad en la interrelación humana.

Afirma Zubiri que el hombre «no es un ser independizado de la realidad»⁷: a su alrededor hay cosas, otros «yos». Que el hombre vive quiere decir que el hombre existe «con»: con cosas o con otros o con sus mismas dotes, pero, además de existir «con», existe «desde», «desde sí mismo». Si el ser «con» es un momento estructural del animal de realidades que necesita de los demás para realizarse, el ser «desde» es algo mucho más íntimo. Es un «desde sí mismo» en el que los demás hombres no son alguien «con» quien el hombre hace su vida sino que «los demás hombres, antes que realidades con las que hago mi vida, son realidades con las que estoy en *convivencia* [...]. Y este 'mí mismo' es aquél 'desde' el cual hago mi vida»⁸. La convivencia pertenece esencialmente al animal de realidades en cuanto tal: o el hombre convive primariamente con los demás hombres o no vive.

En la vinculación que opera en la sociedad humana hay todavía una unión más íntima: la compenetración que se crea cuando las personas se tratan en cuanto personas, en la distanciaci3n que establece un más o un menos. «Y sin que coincidan formal ni materialmente la distancia y la compenetraci3n, sin embargo, la compenetraci3n se constituye en la línea de la distancia»⁹. Cuando no hay distancia hay

7 ZUBIRI, XAVIER, *Estructura dinámica de la realidad*, Madrid, Alianza Editorial, pág. 224.

8 ZUBIRI, XAVIER, *Op. cit.*, págs. 251-252.

9 ZUBIRI, XAVIER, "El hombre, realidad social", en *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pág. 270.

colectividad, conglomerado, pero le falta el ingrediente humano, el de la realidad personal. En la dimensión de la distancia se puede tener en cuenta un mayor o menor alejamiento, una menor o mayor proximidad y, en este aspecto, caben muchos grados de lejanía o cercanía.

Entre el «mí mismo» del «yo» y los «mí mismo» de los demás hay una íntima interrelación que, según Zubiri, comprende cuatro aspectos que no tienen por qué darse todos juntos: la *ayuda*, la *educación*, la *convivencia social* y la *compañía*. Mi vida es mi vida y no la de los demás, pero la vida de los demás está implicada en mi vida.

El tema de la solidaridad se puede incluir en lo que Zubiri llama *versión a los demás*, que es también una cuestión de inteligencia sentiente porque es en la medida en que es animal de realidades como el hombre se hace cargo de la realidad de lo que le rodea y capta así la realidad humana de los otros que no son «yo» pero que son como «yo». A esa versión a la realidad humana Zubiri la llama *vinculación*, y es superior a lo que en el individuo hay de individual. En cierto modo, los demás son yo mismo.

La solidaridad es una característica propiamente humana en donde se da la apertura personal mutua en distintos niveles. Implica inteligencia sentiente y voluntad tendente en el campo de la intimidad y de la alteridad. Según Zubiri, «[...] todos los hombres de una sociedad constituyen solidariamente un cuerpo social, pero lo constituyen a lo largo de todas las vicisitudes, lo constituyen a lo largo de la historia»¹⁰.

CONCLUSIÓN

La solidaridad es apoyo en las posibilidades, en la posibilitación del otro o de los otros;

construir juntos y caminar juntos un mismo camino, compartir un destino común. Si la solidaridad ha sido siempre un posible presupuesto de la comunidad humana, hoy, más que nunca, es necesaria para la vida y, especialmente, para el desarrollo.

La solidaridad requiere compenetración, que, ciñéndonos a la etimología de «compenetrar», pudiéramos definir como penetrar algo en compañía: exige, pues, compartir algo. Si la compenetración se lleva al terreno del yo y de los otros como personas, no cabe un punto de compenetración que no sea la realidad en cuanto realidad: será una realidad en común. Aquí podemos encontrar el fundamento zubiriano para hablar de solidaridad como adhesión, respaldo, apoyo al otro. Al fin y al cabo, «no todo lo que hay en el individuo es individual, sino que hay en él cosas que le son superiores»¹¹, dice Zubiri. En este contexto, la solidaridad no está en el terreno de lo añadido sino en la relación de una persona con las demás como un elemento constitutivo de la personeidad y de la personalidad.

La persona, por su misma apertura a lo que le circunda, vive rodeada de posibilidades, porque es animal de realidades, y, en cuanto ejecuta proyectos, lo que supone convertir posibilidades en realidades, realiza su vida poniendo en juego su libertad, su capacidad de decisión. En las circunstancias dialógicas que se dan en la solidaridad, transformar un proyecto en algo efectivo significa una ayuda, un apoyo que facilita la vida «con» y «desde»: con los otros y desde mí mismo. La solidaridad misma es un proyecto de decisiones en común que implica un ejercicio de la libertad de cada cual, en respeto de la persona del otro con todo lo que esto lleva consigo de tolerancia y aceptación del otro. «El hombre [...] tiene libertad en el sentido de liberación ¿para qué? Justamente para ser sí

10 *Op. cit.*, pág. 323.

11 *Ibid.*, pág. 257.

mismo. Es la *'libertad para'*. El hombre no solamente está liberado de las cosas, sino que es inexorablemente *'libre para'*. Libre para ser justamente una forma de realidad frente a toda otra libertad»¹².

La solidaridad lleva en sí misma una concurrencia de yo y de otros yos que equivale a un encuentro de libertades, que no se puede obviar, puesto que, «al mantenerse como personas, [...] los hombres tienen un tipo de unidad superior a la mera sociedad: es la *'comunidad personal'* con las otras personas en tanto que personas»¹³ y aquí no cabe una mera organización sino un trato personal atendiendo iniciativas y menesteres personales, de las personas en cuanto personas: esas personas no son unos «cada cual» cualesquiera que forman parte de una colectividad, sino un nosotros, un tú y un yo.

La solidaridad no es solamente una posibilidad o una multitud de posibilidades; significa también un espacio posibilitante de posibilidades porque aún proyectos y poderes, esos poderes que, en terminología de Zubiri se en-

cuentran dentro del sentido que tiene en el castellano familiar *hacer un poder* cuando se le pide a alguien que haga un esfuerzo más con el fin de conseguir algo que se presenta difícil. La posibilitación, en cuanto lleva consigo de transformación, de invención, de cambio, de variación, supone capacidad de mudar las posibilidades posibles en realidades. «La persona con sus capacidades accede a unas posibilidades, las cuales una vez apropiadas se naturalizan con sus potencias o facultades, con lo cual cambian las capacidades. Con estas nuevas capacidades, las personas se abren a un nuevo ámbito de posibilidades. Es el ciclo capacidad, posibilidad, capacitación. Es la historia como proceso»¹⁴. Con este texto y en el contexto de la solidaridad, es fácil concluir que, si a las capacidades de una persona se les suman las de otra o las de otras, la tarea cubrirá un ámbito común de realidades que excede y fortalece el de cada uno en particular. Con palabras de Zubiri, «el hombre, por lo que respecta a la línea de la comunión, se encuentra con una forma distinta de poder. Es el poder de las demás personas con quienes convive. A este poder le llamaré genéricamente *compañía*»¹⁵. ■

12 ZUBIRI, XAVIER, *El hombre y Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, págs. 329-330.

13 ZUBIRI, XAVIER, *Inteligencia sentiente: inteligencia y realidad*, pág. 214.

14 ZUBIRI, XAVIER, "La dimensión histórica del ser humano", en *Siete ensayos de antropología filosófica*, págs. 162-163.

15 ZUBIRI, XAVIER, *El hombre, realidad social*, pág. 273.